

"Caperucita y roja"

Se estrena en Madrid esta película, que viene precedida de una fama de film fallido, pero insólito e interesante. Y es cierto. Nos encontramos ante una obra inusual en la cinematografía española. Aitor Goicicelaya y Luis Revenga han escrito y realizado una película en la que se plantea el juego vodevilesco como un fin en sí mismo, pero conectado con un sentido del humor que lo transforma y lo destroza; con un sentido del humor que, por otra parte, roza tanto el surrealismo como el disparate. Revenga y Goicicelaya pretenden, por otra parte, una crítica mordaz contra los inquisidores, los reprimidos, los frustrados... No es habitual este cine: aquí, cuando se utiliza el humor, es para la astracanada y la memez o, en otros casos más interesantes, en términos sutiles e "iniciados". Y aunque "Caperucita y roja" cuenta con la complicidad del guiño del espectador, su humor es más abierto, más desenfadado, más enloquecido.

Quizá lo fallido de la película esté en que no llega a desmadrarse aún más, que los apuntes iniciados no se concreten definitivamente en un divertimento radicalmente enloquecido, que la anécdota pese demasiado sobre el desarrollo dramático de la película en función de las intenciones críticas antes señaladas; probablemente, en una proporción mayor de enloquecimiento, esas intenciones hubiesen resultado más incisivas... De cualquier forma, éste es un campo de conjeturas particulares que varían notablemente de un espectador a otro; lo que parece más consistente (es decir, menos discutible, aunque también llague a serlo) es la propuesta de ballet humorístico que la película ofrece.

Al sugestivo resultado final colabora de una forma definitiva esa actriz generalmente alejada de su muy particular sentido del humor que es Esperanza Roy; en las películas hasta ahora interpretadas por ella la Roy naufragaba un poco, aun cuando nunca sus trabajos hayan sido despreciables; es aquí, sin embargo, donde mejor ha aprovechado su personalidad. Y aunque "Caperucita y roja" parezca a muchos una película "menor", la contemplación de Esperanza Roy (de la mano de Goicicelaya y Revenga) basta por sí misma. ■ D. G.

ARTE

Me había llamado Mariví —"compañera y, sin embargo, amiga"— para advertirme: "Oye, José María, que esta exposición que hay aquí te va a interesar; ven a verla". Fui. Estas gallegas —y Mariví lo es— son muy listas: ya sabía lo que estaba bien según mi criterio. Los de su galería la llaman María Victoria, pero a mí me gusta evitar ese nombre, que con la victoria auestas me parece algo fascista, y la llamo a secas María o Mariví. Ya tenemos en la redacción de la revista lo que pudiera parecer una confabulación de nombres fascistas, empezando por el ocasional y de época "triumfo". Tenemos un Víctor y un César... Y no. Vamos a desintoxicar algo. Con el expositor que me proponía Mariví no pasaba eso. Se llama Pérez Torres. ¡Qué bien! Como la gente de mi pueblo... Como la gente. Y, además, está bien.

Pérez Torres

Galería Frontera.
Madrid

Mi amigo Pérez Torres (pues ya lo es: hablando se entiende la gente y algo hemos hablado)..., pues mi amigo Pérez Torres tiene por ahí un apellido francés, que podía darle "pedigree" a su nombre y a su pintura, pero prefiere arreglárselas con los apellidos de esta tierra. Por mí, de acuerdo. Es como lo que hace con su pintura. Es paisajista, fundamentalmente. Y ser paisajista es una manera de ser pintor sin que se le vea demasiado la oreja al partidario tendencioso, que es lo que "se lleva". Y eso que las actitudes y tendencias que ha tenido la pintura desde el impresionismo —sobre todo, el cezannismo— se las conoce muy bien.

Sobre todo, Pérez Torres conoce, y conoce muy bien, al impresionismo para no ser un impresionista. Como Cezanne, su maestro más evidente. Como el maestro de Aix, Pérez Torres desdeña la sola alegría cromática que tan bien supieron apren-

der los seguidores de Claude Monet.

Como los maestros posteriores —y hasta el cubismo—, los hombres de "la cuaresma" post-impresionista —así la llamó don Eugenio d'Ors—, esos maestros post-impresionistas, sobre todo los derivados de Cezanne, incluyeron en sus obras mucha geometría del espacio —y posteriormente, del plano— hasta darle a sus obras una contextura ósea, para hacer del cubismo, como quería Cezanne, una pintura "de museo".

Lo peculiar de Pérez Torres es que es un post-impresionista... y yo diría más: un post-cezanniano, con mucha conciencia de lo que está haciendo. Con una

leza muerta, sobre todo, él es fundamentalmente un paisajista. Tiene, sin duda, el sentimiento del paisaje, de lo cual habría mucho que hablar...

Tiene, sí, el sentimiento del paisaje, pero también la oscura, lejana y no formulada noción de las arquitecturas. Es que, se diría, Pérez Torres no quiere entregarse plenamente a la acción hiperbórea y antinormativa que del paisaje parece desprenderse. Se parece en eso a su amigo don Daniel Vázquez Díaz, el cual, casi siempre, como él, quiso tallar arquitecturas frente al vegetalismo, para que no quedase todo en los dominios inciertos del "ambiente" y el "buen tiempo".



Paisaje de Pérez Torres.

conciencia muy lúcida, pero nada espectacularista. Su magisterio se diluye sin ninguna prepotencia, sin ningún exhibicionismo, por toda su obra. Y eso, esa actitud callada, mesurada, trasciende a su obra. Se diría que Pérez Torres hubiera querido advertirnos: Muy bien, esto tiene el magisterio de Cezanne, el magisterio incluso del buen cubismo, el magisterio... Pero, antes que ninguna otra cosa, eso que yo pretendo hacer, y que hago, eso es un paisaje. Unas casas desperdigadas sobre una colina, unos árboles, un paisaje.

Paisaje digo, porque, aunque Pérez Torres se salga alguna vez de ese campo, del campo, para pintar otra cosa, alguna natura-

Pero, en fin, no es nada de eso lo que quiero destacar, aunque sí conviene señalar. Lo que quiero destacar es que hay que prestarle atención a ese pintor. Un pintor que no pretende aparecer como un genio, sino sólo como un pintor, lo cual ya está bien. Y que se esconde tras un estilo nada espectacular, tras un nombre nada espectacular y tras una pintura que, por supuesto, tampoco es nada espectacular, pero que está bien, muy bien, y es muy digna de tenerse en cuenta en cualquier antología que se proyecte sobre el paisajismo español. Porque español, llamándose Pérez Torres, sí que debe serlo. ¿O estará traducido? ■ JOSE M.º MORENO GALVAN.